

das para subir a él a la expedición de las ofrendas; y, según esto, altares había entre los gentiles, a los cuales se subía por gradas y escalones; pues según dicen algunos y lo refieren Santo Thomás y Lira,⁴ este mandamiento era en detestación de la idolatría, para la cual usaban no sólo de altares muy labrados y esculpidos, de varias y diferentes tallas, sino también levantados de el suelo, en distancia suficiente para que fuesen vistos de todos y alabada su obra y artificio y considerado el acto que en él se ejercitaba. Por manera que usaban los gentiles de esta diabólica invención para tener más atento y devoto al pueblo; pero que llegase ninguno a tanta altura y elevación, que fuese menester subir a él por ciento y más gradas, no se dice, ni yo lo sé, ni se han visto, sino en esta Nueva España. También entiendo que es muy diferente el intento que estos indios gentiles tuvieron en hacer estos altares tan levantados y con tantas gradas del que tuvieron los antiguos idólatras en los que las tenían; porque uno de sus abusos (y aun locura muy confirmada) fue hacer fiesta al dios Priapo, en cuyo día los gentiles (como en otra parte hemos dicho) descubrían con desvergüenza las partes que deberían ser y son vergonzosas; y esto en un muy alto y eminente altar donde el sacerdote, que regocijaba la fiesta, se subía para ser visto de todo el concurso del pueblo. Éste, según parece, era uno de los más altos y subidos lugares de la gentilidad para esta locura y desatino constituido; donde sacrificando a su dios, le daban ofrenda el sacrificio que causa vergüenza decirlo. Y por desviar Dios a su pueblo de esta memoria, le manda que no tenga gradas ni escalones su altar, sino que carezca de ellas. Pero aunque las tenían, y en tanto número los de estos indios, no se hacían en ellos actos tan desvergonzados y deshonestos, aunque otros había y, aun casi todos, que eran crueles y bestiales y propios de hombres sin Dios y poseídos de el demonio; y de estos altares y templos hemos visto en el capítulo pasado y se dirá en el siguiente.

CAPÍTULO XI. *Del sumptuoso y magnífico templo que en esta ciudad de Mexico había dedicado al dios Huitzilupuchtli, y de otros menores que en su contorno había*



NO DE LOS MÁS CÉLEBRES y sumptuosos templos que hubo en estas occidentales partes y tierras de la Nueva España fue el templo mayor que había en la ciudad de Mexico, al tiempo que los españoles entraron en ella, el cual fue edificado y fundado por los señores mexicanos; quien haya sido su fundador en la vida y gobierno de los reyes se dijo;¹ sólo digo que fue fundado dos veces, la primera de las cuales no fue con aquella majestad que la segunda, porque como iba creciendo el pueblo y nombre mexicano, así se fue mostrando en sus edificios; de manera que aunque

⁴ Div. Thom. 1. 2. q. 102. art. 4. ad. 7 Lira, super hunc locum.

¹ Tomo I. lib. 2. cap. 28. 42. y 46.

uno de los reyes que gobernaron esta nombradísima república, hizo en los tiempos que iba creciendo un templo, el cual dedicó a su falso dios Huitzilupuçtli, no fue tan grande que pudiese cobrar nombre. Pero como después fuese tanta la pujanza de su poderío, llegó la soberbia a tanto que, teniendo por cosa poca el templo dicho y a su mentiroso dios por digno de mayor casa, ordenaron de hacer un templo que después de acabado se diese a entender en la sumptuosidad del edificio las fuerzas y poderío del que lo había hecho; y con esto quedasen en mayor admiración los hombres.

Fue pues este templo reedificado y añadido segunda vez; y era tan grande y tan excesivo el circuito, que tenía en cuadra más de un tiro de ballesta. Era todo cercado de piedra de mampostería (como hemos dicho que se cercaban los templos), muy bien labrado. Había en el cuadro cuatro puertas que salían a las cuatro calles principales, las tres que vienen de la tierra firme por las tres calzadas por donde se entraba en la dicha ciudad; y otra que le caía a las espaldas, que correspondía a la entrada de la dicha ciudad, por la parte de el oriente que iba a dar a la laguna, por donde se entra por agua.

En medio de este grandísimo cuadro estaba el templo, que era a manera de torre cuadrada (como ya hemos dicho) hecha de mampostería y todo macizo y ancho. Tenía este templo (dejado aparte el cuadro dentro del cual estaba fundado) trescientos y sesenta pies de esquina a esquina; y era de forma y hechura piramidal (como en otro lugar decimos), porque cuanto más subía, tanto más se iba estrechando el edificio, haciendo a trechos sus relejes que lo hermozeaban. En lo alto de él, que era un suelo y placeta poco más de setenta pies de ancho, estaban hechos dos altares muy grandes, apartados el uno de el otro y casi pegados a la orilla o canto de la torre, a la parte del oriente, y solamente quedaba espacio y suelo suficiente para poder andar un hombre sin riesgo ni peligro de caer del edificio abajo. Estos altares tenían de alto cinco palmos y con sus paredes pintadas de piedra, pintadas todas de figuras al antojo y gusto del que lo mandaba pintar.

Encima de estos altares tenían sus capillas cubiertas de madera muy bien labrada y entallada. Cada capilla de estas dos tenía tres altos, uno encima de otro; y cada alto o sobrado de éstos tenía grandísima altura que, cada uno de ellos plantado (no en aquella torre sino en el suelo bajo donde comenzaba el edificio), pudiera hacer un muy alto y sumptuoso edificio; y por esta razón era toda esta máquina de templo tan alta que ponía admiración su altura. Era ver la ciudad desde lo alto de este templo y alderredores, con toda la laguna, pueblos y ciudades que en ella y sus orillas estaban edificadas, cosa de grande recreación y contento.

Por la parte donde se pone el sol no llevaba relejes este edificio sino gradas, por las cuales subían a lo alto de las capillas, y tenían de peralte las dichas gradas una tercia y más. Eran estas gradas o escalones, en este celebrísimo templo, ciento y trece, y todas de piedra muy bien labrada. Desde la última grada con que remataba este templo hasta los altares y entradas de capillas había un buen espacio de suelo para que los sacerdotes y mi-

nistros de los ídolos pudiesen ejercitar sus oficios desenfadada y cumplidamente. En cada altar de aquellos dos estaba un ídolo de bulto muy grande, que cada uno representaba el mayor dios que ellos tenían, que era Huitzilupuchtli, o Mexitli por otro nombre.

Alderredor y circuito de este templo mayor había otros más de cuarenta menores, y en cada uno de ellos dedicado y levantado un dios; y su torre y forma iba enangostando hasta el suelo, donde comenzaba a formar la capilla y altar; y no era tan grande como el mayor, ni le llegaba a igualar con mucho; y todos estos templos y torres menores acompañaban mucho al templo y torre mayor que en la dicha ciudad había.

La diferencia que hacía el templo mayor a los menores no era en su forma y hechura, porque todos eran unos; pero diferenciábanse en el asiento y postura, porque el templo mayor tenía las espaldas al oriente, que es la forma que deben guardar los templos principales, según hemos visto que lo dicen los antiguos; y sus gradas y entrada a él al poniente, como usamos ahora en nuestra cristiandad sentar muchas de nuestras iglesias, y así adoraban hacia el sol cuando nace; y los templos menores miraban por el contrario al oriente y a las otras partes del cielo, norte y sur.

Uno de estos templos que acompañaban a este grande era dedicado al dios aire, y éste era, en su hechura y forma (como ya en otra parte hemos visto),² redondo; y la razón de esto queda dicha en el mismo lugar. La entrada de este templo tenía la forma y hechura de boca de sierpe feroz y grande, y pintada a la manera que nuestros pintores pintan una boca de infierno, con sus ojos, dientes y colmillos horribles y espantosos. Hubo de los nuestros muchos que, a los principios, entraron a lo interior de este infernal y caliginoso templo por aquella horrenda y espantosa entrada y testificaron que era el miedo y asombro que les causaba tanto, que temblaban y temían como azogados. Y no es maravilla, pues era lugar cierto del demonio, y donde como a enemigos de su ley y ritos los recibía y hospedaba.

La cubierta y techo de este famosísimo templo, y los otros que en su contorno tenía, era de diversas y varias formas que, aunque eran unas de madera y otras de paja, como de centeno, eran muy primamente labradas; unas coberturas piramidales y cuadradas, y otras redondas y de otras formas diferentes; y hacían tanta y tan vistosa labor que no parecían de la materia dicha sino de muy primo y delicado pincel. Había de estas torres, grandes y chicas, trescientas y sesenta (según la más cierta cuenta que he hallado), igualando en este tan excesivo número a los días del año. Al pie del templo mayor, junto a las escaleras por donde se subía arriba, había dos altares de fuego donde ardía siempre de noche y de día; de manera que era fuego perpetuo, queriendo el demonio imitar a Dios, que mandó que ardiese fuego continuo en el altar de su templo, el cual cebasen sus sacerdotes de ordinario, como nos lo dice la Sagrada Escritura y, como en este de Dios se ofrecía incienso todas las mañanas, ordenó el envidioso engañador que no sólo fuese un altar, sino dos;³ y que el incienso no fuese sólo a la mañana

² Supra cap. 7. hoc lib.

³ Lev. 12.

quemado, pero todo el día; y así estaban humeando los dos altares todos los días de la mañana a la noche.

Eran todos los altares y braseros de incienso, que había en este templo y contorno de su patio y templos menores que le acompañaban, seiscientos y más; y tan altos cuasi como la estatura de un hombre, cuya figura y forma era de la hechura de un cáliz con que se dice misa; y verlos de noche, cuando todos ardían, parecía que era día muy resplandeciente y claro. Y para que los que estas cosas leyeren no quieran pensar que hablo de gracia y sin límite en los números, quiero poner aquí las palabras de el padre fray Bernardino de Sahagún, fraile de mi orden y uno de los que entraron muy a los principios de este descubrimiento de la Nueva España, que fue año de veinte y nueve, el cual vido éste y los demás templos y vivió en la conversión de estos indios, enseñándoles, doctrinándoles y predicándoles más de sesenta años, y supo sus antiguallas muy por menudo, y escribió muchísimas cosas en su lengua, el cual hablando de la hermosura, grandeza y sumptuosidad de este celeberrimo templo (aunque malo, por ser del demonio) dice estas palabras: Era este templo cercado por todas partes con paredes de piedra, de altura de estado y medio, todas almenadas y blanqueadas. El suelo de este templo era todo enlosado con losas de piedras muy lisas (no labradas, sino naturales), tan lisas y resbaladizas como el hielo. Había mucho que ver en los edificios de este templo; la pintura de él tenía mucho que ver y yo le hice pintar en esta ciudad de Mexico, y lleváronme a España por cosa muy digna de ver y no lo he podido más haber, ni tornar a pintar; y aunque en la pintura parecía tan lindo, lo era mucho más y más vistoso el edificio. El principal o capilla, que en él había, era dedicado al dios Huitzilpuchtlí y a otro su compañero que llamaban Tlachahuepancucxcoztzin y a otro, menor que los dos, que llamaban Paynalton. Éstas son palabras formales de este bendito viejo y grave varón, por las cuales se echa bien de ver la excelencia y grandeza de este memorabilísimo templo; y añade más, diciendo que cogía tanto circuito su cuadro, que incluía y recibía dentro de su hueco todo el suelo en que ahora está edificada la iglesia mayor, casas del marqués del Valle, casas reales y casas arzobiscales, con mucha parte de lo que ahora es plaza, que parece cosa increíble, por ser mucho el circuito dicho y distancia de suelo; y yo me acuerdo haber visto ahora, treinta y cinco años, parte de estos edificios en la plaza, a la parte de la iglesia mayor, que me parecían cerrillos de piedra y tierra, los cuales fueron consumiendo en los cimientos del edificio de Dios y de su iglesia nueva; la cual se va haciendo ahora muy sumptuosa, que quiso su majestad santísima hacer al demonio y ministros suyos que le pusiesen en aquel lugar parte de los materiales con que se había de cimentar su templo, permitiendo que antes por algunos años se gloriase en los maleficios que en él se hacían, para que después de su total caída y ruina conociese que sólo Dios es el verdadero señor de todo lo criado; y que él, como su criatura, aunque no quisiese, le había de reconocer con vasallaje, desterrándose de los montones de piedra que para conservarse en fingida y vana gloria con estos pobres ciegos y engañados indios había juntado.

Junto a este templo mayor había ciertas salas, muy bien labradas, que servían como de sacristía, donde se guardaban los ornamentos y alhajas que eran necesarias para su detestable y falso culto, de las cuales usaban para el servicio de estos falsos, mentirosos y fementidos dioses. Otras salas y cuartos había junto a estos templos, así el mayor como los demás menores, para los sacerdotes y ministros de los mismos templos y servicio del altar (como se dirá en otro capítulo),⁴ lo cual es muy conforme a lo dicho y determinado por el Filósofo. Y a cada parte y puerta de las cuatro, por donde a este dicho patio y templo se entraba, había una muy gran sala, y pegados con ella muchos aposentos y retretes, así altos como bajos, los cuales servían de casas de armas, donde las guardaban con toda su munición; porque como tenían los templos por lo más seguro y fuerte y era el lugar donde se recogían, cuando por alguna razón eran guerreados, guardaban en ellos, como en fortaleza, todas las armas y cosas necesarias de su defensa.

Sin estas salas ya dichas había otras tres con sus azoteas, encaladas y pintadas, con otros muchos aposentos y divisiones para los ídolos; los cuales eran sin número, así de piedra como de madera y de otros varios y diversos géneros y metales. Estos aposentos o retretes tenían las puertas muy pequeñas y bajas, que apenas podía entrar un hombre estrechamente por ellas; y por esta razón estaban aquellos lugares obscurísimos y muy propios de los demonios, cuyos vivos espíritus aquellas muertas estatuas representaban.

CAPÍTULO XII. Donde se dicen los nombres de los dioses que en los templos y capillas menores se reverenciaban, y se particularizan sus asientos y lugares, y los días en que ellos celebraban fiesta; y algunas casas y salas particulares de habitación y penitencia



JUNTO AL TEMPLO MAYOR, uno de los menores que más conjunto de él estaba, era el de los dioses tlaloques (dioses del agua), llamábase Epcatl y aquí en su capilla estaban sus imágenes; el día que hacían fiesta en esta capilla y templo a estos dioses tlaloques, era por el mes sexto, que llamaban etzalqualiztli, que en nuestra cuenta corresponde al mes de junio; este día lababan todas las albercas y presas de agua, y jugaban con cañas de maíz verde y hacían baile, que llamaban etzalmacehualoya, en todo el pueblo; y mataban en este lugar, en honra de estos demonios tlaloques, algunos cautivos y ayunaban uno de sus ayunos.

Otro templo y capilla había luego seguido a éste, que se llamaba Macuicalli o Macuilquiahuitl. En este cu y templo de este dios mataban a las espías que venían a espiar y explorar la tierra de los reinos y provincias circunvecinas, para saber y certificarse de las cosas que pasaban en la ciu-

⁴ Supra hoc lib. cap. 2.